



Ricardo J. Gómez
La dimensión valorativa de las
ciencias. Hacia una filosofía
política
Bernal, UNQ, 2014, 230 pp.

Héctor Gustavo Giuliano¹

La editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, continuando con la ampliación de los destacados títulos y autores de su colección *Filosofía y Ciencia*, dirigida por el Dr. Pablo Lorenzano, acaba de editar un libro, por muchos muy esperado, en donde el Dr. Ricardo J. Gómez ha plasmado sus apreciados estudios sobre la dimensión valorativa de las ciencias.

El objetivo del texto es doble, por un lado poner en evidencia que las prácticas científicas están cruzadas por todo tipo de preferencias en todos sus contextos, incluso en el más resistido de justificación; y por el otro, sostener que tal presencia no va en desmedro de la objetividad científica sino que por el contrario la enriquece y la hace efectivamente posible y deseable. Como corolario, claro está, sobreviene naturalmente la necesidad de marchar hacia una filosofía política de la ciencia.

El recorrido sigue una clara, inteligente y efectiva estrategia argumentativa que se apoya tácticamente en hacer emerger lo que los grandes filósofos de la ciencia han dicho sobre la cuestión valorativa y que las “versiones oficiales” no siempre se han ocupado en mostrar. Así, el primer capítulo se aboca al positivismo lógico y a las miradas de las figuras destacadas del “ala izquierda” del Círculo de Viena: Rudolf Carnap, Otto Neurath y

¹ Ingeniero Electrónico (UNLP), Doctor en Epistemología e Historia de la Ciencia (UNTREF), Profesor Titular (UCA). gustavo_giuliano@uca.edu.ar

Philipp Frank. Su lectura es concluyente en cuanto a que, si bien existen matices entre ellos, “hay un rol innegociable atribuido a la razón práctica que, en última instancia, tiene primacía sobre la razón teórica” (44).

En el segundo capítulo se enfrenta –y creo que ese es el término que mejor describe su actitud– al “máximo vocero” de la neutralidad valorativa de las ciencias: Karl Popper. Para ello, y contra-atacando, afirma y muestra que “Popper defiende una filosofía de las ciencias que no es ni valorativamente neutra, ni objetiva, de acuerdo con sus propios parámetros de objetividad; tampoco es económica, política y socialmente aséptica e inocua, sino todo lo contrario” (49).

Siguiendo el devenir histórico, el capítulo tres está dedicado a Thomas Kuhn a quien Gómez atribuye su interés al evidente carácter innovador de la obra, especialmente en lo que atañe al “reconocimiento explícito de la presencia de valores no sólo en la actividad científica, sino también en su unidad de análisis” (69). Como contra-cara, la posición de Imre Lakatos es descrita en el capítulo siguiente, como aquella que “defendió la neutralidad valorativa de la ciencia de manera extrema, al identificar la presencia de valores no cognitivos en la actividad científica con la presencia de irracionalidad” (83).

El capítulo cinco propone una visita al más heterodoxo de los epistemólogos, Paul Feyerabend, sobre cuya teoría que sabe apreciar en detalle no le impide señalar, con preocupación, “que con demasiada frecuencia la sutileza epistemológica no va acompañada por el mismo grado de sofisticación en el ámbito económico-político de la propuesta” (108). La presentación de los epistemólogos clásicos cierra en el sexto capítulo con Carl Hempel a quien el Dr. Gómez le dedica un sugestivo subtítulo: “un moderado llamado a la sensatez”.

Los capítulos 7, 8 y 11 se abocan a estudiar las propuestas de tres destacados filósofos de la ciencia contemporáneos: Larry Laudan, Philip Kitcher y Hugh Lacey. El primero de ellos incorpora la propuesta de “tradiciones de investigación” la cual, según el autor, si bien introduce acertadamente nuevos conceptos como el de “teoría promisoría” y acepta el carácter relacional del progreso científico, termina neutralizando la ciencia al limitarla sólo a un progreso cognitivo puro y una racionalidad predominantemente teórica-instrumental (117). Por su parte destaca de Kitcher el hecho de que, a diferencia de Laudan, “desde el comienzo discute la actividad científica en términos de valores contextualizados en comunidades que pretenden llegar, de manera democrática, a consensos

en la actividad científica como parte de las actividades que tienen lugar en una sociedad democrática” (121). Sin desmedro de la riqueza de esta propuesta y sus conceptos de “prácticas científicas” y “verdades significativas”, resultan reveladores los interrogantes que se plantea Gómez respecto de las posibilidades ciertas de alcanzar el ideal democrático propuesto por Kitcher para lograr “una ciencia bien ordenada” (129-130). El último de los epistemólogos contemporáneos visitado es Hugh Lacey “quien ha desarrollado en los últimos años la defensa más bizantinamente urdida de la ciencia libre de valores” (163). Se trata de un capítulo muy cuidado en el que apoyándose en el trabajo de la epistemóloga feminista Helen Longino cuestiona punto por punto la distinción de Lacey acerca de la “neutralidad, imparcialidad y autonomía” de la ciencia, una estrategia de desdoblamiento sumamente perspicaz que merece por parte del autor una minuciosa tarea de cirujano.

En el capítulo nueve se realiza una sistematización de todo lo analizado y se avanza en presentar las tesis principales que defiende el libro y que reflejan, leal y honradamente, las ideas que el profesor Ricardo Gómez viene impartiendo en sus cursos de doctorado desde hace años: la que afirma que la práctica científica no está libre de valores en ninguno de sus contextos y la que sostiene que tal presencia no atenta contra la objetividad científica sino que por el contrario la enriquece y la hace efectivamente viable. Entre las piezas claves de su argumentación destacan los diversos conceptos de objetividad propuestos por Helen Longino, Heather Douglas y Elisabeth Lloyd, y el colapso de la dicotomía hecho/valor a partir de los trabajos de Hilary Putnam.

El décimo capítulo se apoya en los trabajos de Nicolas Rescher y Kristin Shrader-Ferchette y se dedica íntegramente a “la dimensión ética de las prácticas científicas, dejando de lado la dimensión evaluativa de lo que se hace con los resultados de la investigación científica” (149). El énfasis analítico se ubica de este modo en los aspectos internos y no en los aspectos morales de los resultados, enfoque este último que se encuentra ampliamente trabajado en el común de la literatura sobre ética científica. El capítulo cierra con una referencia casi ineludible al problema acuciante del lugar de la ética en la ciencia económica.

El capítulo doce es sumamente original ya que aborda, con rigurosidad histórica, la clásica acusación de “lysenkoísmo” que suele aplicarse toda vez que alguien sugiere “contaminar” a la ciencia con la presencia de valores sociales. Como conclusión del estudio, y apoyándose en el posicionamiento ético del capítulo previo, su respuesta es concluyente: “no hay

duda: el lysenkoísmo es el megacaso paradigmático de la desaparición de los auténticos valores éticos en la investigación científica, al subordinarlos a una línea partidista. Y en consecuencia, Lysenko violó tanto la racionalidad epistémica como la racionalidad ética, de acuerdo con las pautas de Longino que Shrader-Frechette acepta” (209-210).

El último capítulo responde al subtítulo del libro en cuanto a dar cuenta sobre por qué todo lo analizado debe conducir hacia una filosofía política de la ciencia, recorrido de cierre que le permitirá sostener que “en el avance hacia una vida cada vez en mayor plenitud, tanto las ciencias como la filosofía y la política juegan un rol insoslayable. Separarlas tajantemente entre sí o sustituir unas por otras ha sido parte de programas políticos espurios que pretenden legitimar sus objetivos y modos de proceder, por lo general a contrapelo del bienestar de la mayoría de los seres humanos” (224).

Por todo lo señalado, *La dimensión valorativa de las ciencias. Hacia una filosofía política* de Ricardo J. Gómez es una obra sin duda destinada a ocupar un lugar de relevancia en la literatura académica, completando un espacio que se encontraba vacante y que sabrán apreciar y agradecer cabalmente todos aquellos que aún resuenan con aquella famosa onceava tesis, porque no sólo se trata de interpretar la ciencia, sino también de transformarla.

